

SOCIOLOGIA DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACION.- Eugen Kogon. Traducción de Enrique Guimbernat. Ediciones Taurus. Colección "Ensayistas de Hoy". 538 págg. Madrid, 1965.

La reseña publicada en esta sección hace un par de meses del libro de León Poliakov titulado Auschwitz motivó varias cartas a la Dirección de nuestra revista, cartas que tenían en común la reprobación de sus autores ^{por} ~~en~~ airear nosotros el tema de las atrocidades nazis, atrocidades que algunos negaban y otros minimizaban, y que atribuían todos ellos a "una leyenda fraguada por judíos y comunistas", aprovechándose de la derrota del Tercer Reich. Es sintomático el hecho de que en todo el mundo, después de más de veinte años de la desaparición ^{como potencias} del nazismo y del fascismo, se produzcan brotes de simpatizantes de estas dos nefastas ideologías derrotadas. Un día es en Suecia donde la policía desarticula una banda de "jóvenes nazis"; otro es Francia el escenario, de las bravuconadas de un jovencito esquizofrénico que capitanea a un grupo de indeseables desertores del ejército y ex-componentes de la O.A.S.; a los pocos meses, en la Argentina, las agencias de prensa informan de las tropelías cometidas contra varios ciudadanos judíos por grupos de individuos uniformados a la usanza nazi; más tarde nos llegan las fotografías de las tumbas profanadas y pintarrajeadas con "slogans" insultantes en un cementerio judío de Alemania Federal. Afortunadamente, estos síntomas alarmantes de pervivencia de la ideología nazi, se reducen, entre nosotros, a unos pocos escritores que, desde revistas escandalosas y reaccionarias, sirven la conocida mercancía que atenta contra nuestro modo de ser y nuestras costumbres, e intentan justificar la actuación de la Alemania de Hitler, cargando sobre los judíos una serie de tópicos que van desde la acusación -negada rotundamente por el Concilio- de "pueblo deicida", hasta hacerles responsables del éxito del comunismo en el mundo y, paradójicamente, de dominar las finanzas mundiales y determinar, de acuerdo con sus intereses, la política exterior de los Estados Unidos. A este pequeño grupo de "cazadores de brujas" y a sus pocos adeptos, que son, sin duda los que protestan cada vez que sale a la luz algún documento o referencia a los crímenes del nazismo, quisiéramos dedicar nuestro comentario al libro de Eugen Kogon. Si sirve para que alguno de ellos abandone su ciega postura o, al menos, ponga en duda los principios irraciona-

les que mantiene, algo se habrá conseguido. Y si esto no es así, que sirvan estas líneas a nuestros lectores para darles noticia de uno de los estudios más serios que sobre el tema del terror, de la tortura y del exterminio, se han escrito en estos últimos tiempos.

En abril de 1945, y a los pocos días de ser liberado el campo de concentración de Buchenwald por las tropas norteamericanas, el mando aliado, incapaz de comprender la organización y métodos seguidos por las SS. y de valorar en su verdadero significado el funcionamiento interno del campo, ordenó una investigación en la que, junto a varios oficiales del ejército liberador, trabajó un equipo de supervivientes del campo, seleccionados entre las personas que ofrecían más garantías de imparcialidad y que llevaban, como mínimo, más de cinco años de reclusión en el campo. Eugen Kogon, profesor austriaco internado en Buchenwald en marzo de 1938, al ser ocupada Austria por los nacionalsocialistas, fué el encargado de coordinar la ~~xxx~~ labor del equipo y de redactar el informe final. Para disipar las posibles dudas sobre la probidad intelectual y moral del profesor Kogon, conviene aclarar que no es judío, que es cristiano, que no pertenece al Partido Comunista y que en la actualidad es Catedrático numerario de Política Científica en la Escuela Técnica Superior de Darmstadt. Durante la redacción de su informe escuchó todos los pareceres y opiniones, y "en todo momento dice en su prólogo- me hice aconsejar por el Dr. Werner Hilpert, antiguo dirigente de la Acción Católica de Sajonia y presidente del partido centrista sajón". Una vez terminado su trabajo, Eugen Kogon, para estar seguro de la imparcialidad y veracidad del informe, y para que nadie creyera que se trataba de un escrito acusatorio contra prisioneros dirigentes del campo, lo leyó a un grupo de quince hombres que, o bien habían pertenecido a la dirección ilegal de prisioneros, o bien eran representantes de grupos de prisioneros políticos.

El informe de Kogon sobre Buchenwald sirvió de documentación para la investigación de los crímenes nazis en el tribunal de Nuremberg. Uno de los oficiales ingleses que trabajaban por aquel entonces como enviado de la B.B.C. de Londres en los servicios de Investigación de Crímenes de Guerra, el hoy miembro del Parlamento inglés Mr. Crossman, recomendó al mando aliado la propuesta de refundir el informe Kogon y adaptarlo a su edición para el público; la propuesta fué aprobada y Kogon convirtió el manuscrito

original en el libro que comentamos, añadiéndole datos relativos a otros campos de exterminio, de cuya veracidad testimonial no podía dudarse, y convirtiéndolo en un estudio de la mentalidad, métodos y consecuencias de los hombres que fueron encargados por el mando nazi de realizar uno de los ~~exterminios~~ ^{crímenes} más abominables de la historia. Sobre la legitimidad y conveniencia de presentar al público el resultado de sus estudios, experiencias y encuestas, Eugen Kogon es tajante: "Como hombre, como cristiano y como político, tengo además la justificación del ~~del~~ ^{del} psiquiatra y ^{del} patólogo; estos también desnudan el mal sin contemplaciones para que sea conocido, si es posible curado y, en casos futuros, evitado!"

El libro se inicia con un estudio del terror como sistema de dominio de nuestros tiempos, terror que fué puesto en práctica por el nacional-socialismo para someter al pueblo alemán e intentar el dominio europeo y la hegemonía mundial. El profesor Kogon afirma que el terror, como sistema de dominio en nuestros días, depende, hasta un cierto punto, a diferencia de las tiranías de otros tiempos, de una fundamentación teórica que le hace aparecer comprensible e incluso necesario. La cuestión de la "licitud" no representa, por regla general, ningún problema. En las formas fascistas y totalitarias de manifestarse el poder, los que lo detentan comienzan por imponer una extraña mezcla de falsa mística y de justificación de mando, y mediante la fé, la obediencia ciega, la devoción y los plebiscitos amañados en los que todo el mundo dice sí, explotan las debilidades de la naturaleza humana, fomentan delirios de grandeza en las masas, canalizan el odio y el resentimiento del pueblo contra personas, razas o ideologías a las que hacen servir de chivo expiatorio, y acaban logrando que el país acepte sus postulados y considere "normales" los métodos de represión por el terror. En el caso de la Alemania de Hitler los titulares del terror para la conquista del poder fueron una minoría dirigente que se identificó, justificada o injustificadamente, con la mayoría del pueblo alemán, y diciendo actuar por delegación de este pueblo, ganó rápidamente el apoyo o el consentimiento de las masas aplicando el terror a una raza odiada verdaderamente de un modo general, aunque luego ampliase el objeto de de sus métodos represivos a los gitanos, a sus enemigos políticos, a los "asociales" y a los que consideró débiles mental o físicamente.

Al examinar los fines y la organización de la SS, Eugen Kogon se remonta a la época de la creación de esta poderosa fuerza al servicio del Tercer Reich. La SS. (o "Schutz Staffel", es decir "escuadra de protección") fué fundada en 1929 como "guardia negra de corps" de Hitler, y se constituyó con 250 hombres, al mando de Heinrich Himmler, y dependía en principio de la SA (o "Sturm Abteilungen", grupos de asalto). El hecho que, desde el primer momento la SS contara en su organización con un llamado "Departamento de Raza y Asentamiento" demuestra que, de algún modo, ya se contaba con ella para algo más que proteger al Führer, aunque no se confesaran abiertamente sus propósitos. El crecimiento de la SS en el III Reich fué muy rápido, si se tiene en cuenta su carácter selectivo y minoritario: en 1930 contaba con 2.000 miembros, y en 1931 pasaba de los 10.000. Para evitar los peligros de infiltración en la SS de personas "no gratas", ~~minfil-~~tración que este crecimiento favorecía, creó Himmler en 1931 el Servicio de Seguridad de la SS, llamado SD. ("Sicherheits Dienst"), al frente del que puso a un hombre dotado de un cerebro diabólico: Reinhold Heydrich. La SS. consiguió, con la ayuda de la SD., imponer su dominio en todas las organizaciones del Estado y de partido nazi, para acabar finalmente controlando incluso la célebre Policía Secreta ("Gestapo" o Geheime Staatspolizei). En 1939, poco antes de comenzar la II Guerra Mundial, Himmler contaba, a través de la SS., con el control total de la policía, con el del servicio secreto o SD., y con un auténtico ejército cuyo número ascendía entonces a 210.000 hombres, ejército que llegó a tener, antes de que se iniciara la derrota de Hitler, más de 1.000.000 de soldados SS, encuadrados en unidades especiales unos o integrados otros en los batallones del ejército alemán.

La SS, tal como Himmler la había concebido, tenía una doble misión, que Eugen Kogon estudia setalladamente: estaba orientada, por una parte, a la formación de una nueva clase de dominadores, y por otra parte tenía la misión de eliminar a toda la oposición del nazismo. No es de extrañar, por ello, el papel importante que se le designó en la dirección y mantenimiento de los campos de concentración o KL (Konzentrationslager). En dichos campos, y además de tener la misión de eliminar masivamente a los enemigos del Reich, los miembros de la SS cumplían tres fines secundarios, pero

igualmente importantes: recibir una educación de endurecimiento; utilizar en beneficio de Reich el trabajo acumulado de millones de presos y reparar al ejército o vender a la población los enseres y bienes que se confiscaban a los detenidos; y, finalmente, valiéndose de médicos, ingenieros y técnicos pertenecientes a la SS, realizar experimentos científicos, ya sea en masa, ya individualmente, empleando como cobayas a los presos. Eugen Kogon realiza después la tarea de clasificar y enumerar los campos de concentración instalados por los nazis en Alemania y fuera de sus fronteras, que la SS dividió en tres grados: el grado I o campo de trabajo, la forma más benigna de tratar a los detenidos, en la que sólo se practicaba el trabajo forzado; el grado II, o campo de endurecimiento, en el que los malos tratos y las ejecuciones arbitrarias estaban a la orden del día; y el grado III, o campo de exterminio, llanado por la SS "molino de huesos", en el que raramente se salía con vida. Como una pesadilla desfilan por las páginas del libro los malditos nombres de Dachau, Buchenwald, Auschwitz, Lichtenburg, Oranienburg, Papenburg, Mauthausen, Ravensbrück, Gross-Rosen, Neuengamme... Entre cinco millones y medio de personas y siete millones se cifra el número de las víctimas de esta terrible máquina de muerte que fué la organización de la SS al servicio de las consignas nazis. No es esta reseña el lugar indicado para repetir los métodos empleados para el exterminio, la forma en que se realizaba la selección de las víctimas, la terrible y dantesca organización interior de los campos... Eugen Kogon, con una meticulosa y documentada relación, lleva a cabo un trabajo exhaustivo en este sentido. Tan solo quisiéramos señalar aquí dos puntos en los que quizás el lector español no ha sido informado. El primero de ellos se refiere al hecho de la puesta en marcha del sistema de campos de concentración en Alemania; la fecha es sorprendente: los primeros fueron "estrenados" en 1933, y aunque las carnicerías masivas no se iniciaron hasta 1939, bueno es tener en cuenta que millares de alemanes sufrieron y murieron antes de que comenzara la gran "kermesse". El segundo punto a tener en cuenta nos afecta directamente como españoles: más de treinta y cinco mil de nuestros compatriotas conocieron la terrible experiencia de los campos de exterminio alemanes, y pasan de los diez mil el número de los que murieron a manos de los nazis. Estos españoles tenían incluso un distintivo especial: como "extranjeros enemigos del Reich" llevaban cosido en la manga,

debajo del hombro izquierdo, y también en la pernera derecha del pantalón, un triángulo equilátero de color rojo, ~~debajo~~ en cuyo interior estaba grabada la letra "S" (Spanier); debajo ostentaban el número de orden que les correspondía en el campo(salvo en Auschwitz, en donde este número se tatuaba sobre el antebrazo izquierdo). Sí, también España derramó sangre combatiendo el nazismo; también nosotros tenemos nuestros muertos en las llanuras polacas, cenizas que el viento de Dachau ha mezclado a la de todos los combatientes de la humanidad contra la tiranía del nazismo.

La tiranía del Tercer Reich fué vencida, pero en los años que han pasado desde entonces no se ha disipado ni sobre Alemania ni sobre el mundo la negra sombra de la SS: todavía perduran brotes de nazismo en el mundo. Eugen Kogon afirma: "Si Hitler volviese, muchos le seguirían otra vez, solo que con más remordimientos de conciencia. Los nacionalsocialistas serían mucho más radicales y brutales; esta vez no estarían dispuestos a dejar ni un solo enemigo con vida. Dispondrían de montones de material para hacer una propaganda contra el Occidente y contra el Este." Son las raíces de la tiranía las que debemos combatir, y el terror como sistema de dominio es una de las características de los regímenes inhumanos. La sanguinaria frialdad de Stalin, los crímenes de Ku-Klus-Klan, el exterminio de la libertad en los pueblos del tercer mundo, la violencia neonazi de las bandas de jóvenes gamberros.... El mundo debe cerrar filas ante este peligro, debe recordar cómo empezó la carnicería más horrible que recuerda la historia. Entre nosotros el mal no ha conseguido vencer, pero no quisiéramos que sus gérmenes pulularan en nuestro aire. Así como la frontera española se cerró ante las botas de los soldados nazis, debemos cerrar ahora y siempre el camino de toda ideología que propugne el terror como método, el exterminio de enemigos como sistema para alcanzar el poder, y el fomento de falsas místicas y heroísmos aberrantes para encandilar a las masas. Que la actitud individual y colectiva de todos nosotros sea la única garantía de que éstos gérmenes no pasarán.